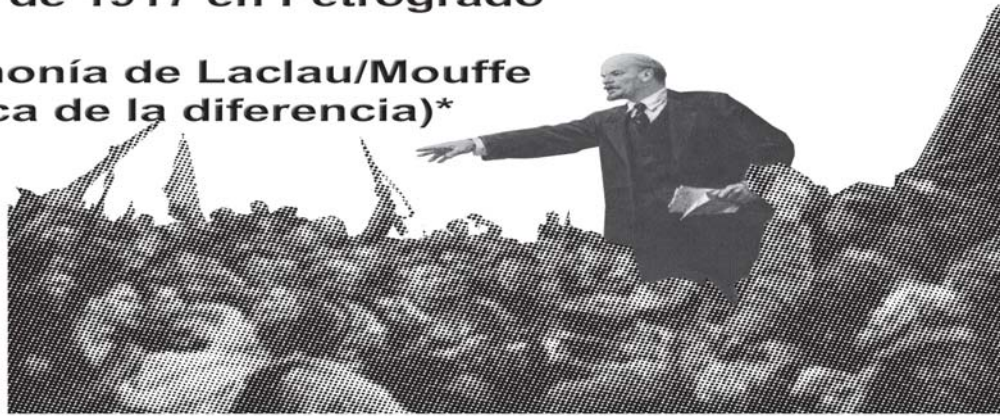


Agosto de 1917 en Petrogrado

(Hegemonía de Laclau/Mouffe y política de la diferencia)*



por Carlos Enríquez del Árbol

«Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias en escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes!».

Lenin

«Esperad, está llegando el mismo Lenin en persona. Entonces empezarán las cosas de verdad»

Kérensky

Tal vez, si hubiese que elegir algún libro de la década de los ochenta del pasado siglo para discutir los problemas de la teoría marxista, escogería *Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe². En este trabajo quiero

poner de relieve los dos puntos esenciales de desacuerdo con los planteamientos de ese texto: la discusión sobre la pluralidad e indeterminación de lo social (que implica el rechazo de los puntos privilegiados de ruptura y de la confluencia de las luchas en un espacio político unificado) y la insuficiente presentación de la teoría y la prácticas leninistas.

Y he empezado por señalar los dos lugares importantes de desacuerdo porque en la mayor parte del conjunto de cuestiones que aborda la obra de Laclau/Mouffe hay una sustancial concordancia con las inquietudes históricas y teóricas de nuestra teoría de la *desmitologización del proletariado*.

La claridad expositiva permite hacer visible prontamente el desacuerdo. Por ejemplo: «El concepto de ‘hegemonía’ tal como surgió en la socialdemocracia rusa, y que, como veremos, supone también una lógica de la contingencia, fue desde este punto de vista mucho menos radical. Ni Lenin ni Trotski fueron capaces de poner en cuestión el carácter clasista *necesario* de los agentes sociales»³.

En efecto, ni ellos (ni Gramsci) pusieron en cuestión el carácter clasista de los agentes sociales porque... *no se puede*. Ese es el núcleo de la discordancia que quiero privilegiar con los autores de *Hegemonía y estrategia socialista*. Y espero poner en evidencia que hay al menos una prueba que puede demostrar el error en que incurren.

Pero, la línea general de exposición es perfectamente válida. Y no es ni ocioso ni inútil recordarla. Se trata para Laclau/Mouffe de reconocer, siguiendo los textos, que partiendo de la constitución de la ortodoxia de la II Internacional, según una lectura básicamente positivista de la obra de Marx y Engels publicada —lo que en otro lugar denominé ‘*el espejismo*’

* Este fragmento de ensayo es una redacción provisional a partir de tres momentos previos. El primero data de mi primer Seminario en la ADEM (Asociación de Estudios Marxistas) de 1987. *Lo que no puede durar en la teoría marxista* (donde fue uno de los textos fundamentales de comentario), el segundo de un capítulo inédito en mi tesis doctoral que trataba de la cuestión de la clase obrera como clase universal en CD y finalmente del Seminario en curso en este 2005 *Lenin y la dialéctica de la revolución*. Aclaremos que el título de este Seminario arrastra cuatro cursos: 2001-2002 *Lenin y la dialéctica de la revolución*. (I) Industrialización y cuestión agraria en Rusia. 2002-2003 *Lenin y la dialéctica de la revolución*. (II) La percha de Lacan. 2003-2004 *Lenin y la dialéctica de la revolución*. (III) Ideología y teoría de la producción ideológica. [Con Manuel Valle]. 2004-2005 *Lenin y la dialéctica de la revolución*. (IV) Lenin y la política de la diferencia y De Conan Doyle a Raymond Chandler [Con Manuel Valle].

¹ El subrayado es mío.

² Lo que me llevó a remover viejos escritos fue la presentación que hice meses atrás del libro *Derivas del discurso capitalista*, Miguel Gómez ediciones, Málaga, 2003, de Jorge Alemán. Hay además un debate entre Laclau y Jorge Alemán acerca de ¿*Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?*, Mesa redonda de la EOL (Escuela de la Orientación Lacaniana), 22/07/03. Y he de decir que en ese debate no encontré nada nuevo en relación al libro de 1985 (versión española de 1987).

³ E. Laclau/Ch. Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 51-52.

mo de la ortodoxia'—, se produjo muy pronto la crisis del 'paradigma', del modelo mismo erigido. Así lo demostrarían las teorizaciones de Labriola, del austromarxismo (caso por ejemplo de Otto Bauer), de Bernstein, de Sorel que nuestros autores relatan con claridad y elegancia. Menos convincentes son las precisiones sobre Trotski⁴ en las que no vamos a entrar ahora y desde luego las referidas a Lenin en las que sí nos vamos a detener.

Podemos estar de acuerdo en que la crisis del marxismo es asunto vetusto que se remonta a los años finales del siglo XIX⁵, que hay un paradigma político esencialista del marxismo que es deconstruido por el desarrollo desigual y combinado del capitalismo tardío, e igualmente que no existe ninguna «ley necesaria de la historia», pero a partir de aquí comienza la discrepancia de fondo. Porque Laclau/Mouffe llevan la deconstrucción hasta la misma noción de «clase social» en función de que «en las condiciones del capitalismo maduro, dicha unidad es siempre precaria y sometida a un constante proceso de rearticulación hegemónica»⁶, lo que implica una obviedad para un análisis marxista serio⁷ y una grave lesión, más bien desfiguración del concepto de hegemonía.

Para nuestros autores «la experiencia del «desarrollo desigual y combinado», de la dislocación que es su resultante y de las consiguientes recomposiciones hegemónicas—heterodoxas respecto a las categorías clasistas del marxismo— es más evidente todavía en los países de la periferia capitalista. En ellos asistimos constantemente a la redefinición de las fronteras de lo político, y a la emergencia de identidades populares y colectivas que no se recortan en términos de la divisoria de

clases»⁸. Así, «lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera, en la afirmación de la Revolución como momento fundacional en el tránsito de un tipo de sociedad a otra y en la ilusión de posibilidad de una voluntad colectiva perfectamente una y homogénea que tornaría inútil el momento de la política. El carácter plural y multifacético que presentan las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos «universales» y constituido en torno a una Historia concebida en singular: esto es, el supuesto de la «sociedad» como una estructura inteligible, que puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político. Es decir, que la izquierda está asistiendo al acto final en la disolución del imaginario jacobino»⁹.

Decir que la unidad de la clase obrera es una unidad simbólica¹⁰ creyendo efectuar un descubrimiento es una simpleza. Lo es para la versión positivista (para el *espejismo de la ortodoxia*), pero para el marxismo revolucionario (tanto en el del *18 Brumario*, *El Capital*, *La guerra civil en Francia*, etc.), como para Lenin, Gramsci, etc. no es sólo una unidad simbólica, es también una representación imaginaria, ideológica, sujeta a la lucha ideológica¹¹. La lucha por la unidad política de las clases trabajadoras es requisito esencial para construir un bloque histórico que arrebatte el poder del Estado y desarticule sus aparatos de dominación. De hecho Laclau/Mouffe reconocen que incluso en Rosa la terrible 'necesidad', consecuencia de las relaciones capitalistas, es la fragmentación de la clase obrera. Hay un pasaje de *Huelga de masas, partidos y sindicatos* que es absolutamente diáfano: «El capitalismo no evoluciona siguiendo una hermosa línea recta, sigue un recorrido caprichoso y lleno de bruscos zig-zag. Así como los diferentes países capitalistas representan los estadios más diversos de la evolución, en el interior de cada país se encuentran las capas más diversas de una misma clase obrera. Pero la historia no espera con paciencia a que los países y las capas más atra-

⁴ Ya Poulantzas puso de manifiesto el economicismo de fondo del táctico de Octubre y organizador del Ejército Rojo. Cfr. por ejemplo *Fascismo y Dictadura*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 4.ª edición, octubre 1973.

⁵ Un teórico relevante que la expuso en sus contornos esenciales fue Labriola, por ejemplo, en su carta a Lagardelle. Véase en el notable ensayo de Liana Longinotti, F. Engels e la 'Rivoluzione di maggioranza', *Studi Storici*, núm. 4, Roma, 1974. Luego publicado en la ed. Avance junto al prólogo de Engels. Véase infra nota 15.

⁶ Op. cit. p. IX del Prefacio a la edición española. En mi exposición del Seminario de 1987 (*Lo que no puede durar...*) tomé como párrafo inicial de comentario una frase de la nota 8 en la p. 13: «El problema decisivo, es, en cambio, el de saber si el sujeto de la lucha anticapitalista constituye o no su identidad en el interior de las relaciones de producción capitalista y como resultado exclusivo de las leyes que gobiernan a dicho modo de producción».

⁷ Por ejemplo un texto accesible como el de E. Balibar, *Cinco ensayos de materialismo histórico*, Laia, Barcelona, 1976.

⁸ op. cit. p. IX.

⁹ Id, p. 2.

¹⁰ id. 12.

¹¹ Cosa extraña en autores conocedores de Lacan y que deben recordar cuanto insistió en la separación de lo imaginario de lo simbólico.

sadas alcancen a los países y a las capas más avanzadas, para que el conjunto pueda ponerse en marcha en formación simétrica, en columnas cerradas. Se dan las explosiones en los puntos neurálgicos cuando la situación está madura y en la tormenta revolucionaria bastan algunos días o algunos meses para compensar los retrasos, corregir las desigualdades, poner en marcha de golpe todo el progreso social. En la revolución rusa, todos los estadios de desarrollo, toda la escala de intereses de las categorías distintas de obreros estaban representados en el programa revolucionario de la socialdemocracia y el número infinito de luchas parciales confluye en la inmensa acción común de clase del proletariado; lo mismo ocurrirá en Alemania cuando la situación esté madura. La tarea de la socialdemocracia consistirá en regular su táctica no en base a los niveles más atrasados, sino en base a los más avanzados de la evolución»¹².

Que en Rosa esté presente, sin embargo, el *espejismo de la ortodoxia*, como nuestros autores creen adivinar, no es ninguna novedad porque lo que ocurre es que en el descubrimiento del continente historia, en las formulaciones iniciales del materialismo histórico, es decir, en los propios textos de Marx y Engels encontramos mezclados de distinta manera y composición lo que he llamado (a partir del tercer seminario de la ADEM) la versión positivista junto a la versión revolucionaria, que por otro lado, y este es otro problema, va unido a una exposición dominada por lo que Martin Nicolaus llamó la ‘coreografía hegeliana’. Para que quede claro: en Marx mismo podemos hallar estas dos mismas exposiciones —positivista y revolucionaria— y elijo como modelo los siguientes textos.

Texto canónico de la exposición positivista del materialismo histórico: «El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas

productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar al individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material; por el conflicto existente entre las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana». Se trata del mil veces reproducido texto del *Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía Política* del que se tienen que examinar nuestros bachilleres en las prue-

¹² Ed. Siglo XXI, 2.ª edición septiembre 1974, Madrid, pp. 90-91. No es necesario recordar al lector que Rosa Luxemburgo se refiere en ese libro a la revolución rusa de 1905-6.

bas de acceso a la Universidad.

Como texto de referencia de la exposición revolucionaria del marxismo disponemos del asombroso capítulo sexto (inédito) de *El Capital*, del que podemos escoger un pasaje como el que sigue: «Sin embargo, todos esos cambios no afectan, de entrada, al contenido y procedimientos técnicos reales del proceso de trabajo y de producción. Por el contrario, es normal que el capital someta el proceso de trabajo, tal como éste existe, es decir, sobre la base de *procesos de trabajo* desarrollados por los diferentes modos de producción anteriores.

El capital somete, pues, un proceso de trabajo *preexistente y determinado*; por ejemplo, el trabajo artesanal o la pequeña agricultura campesina autónoma. Las únicas transformaciones que se pueden registrar en el proceso de trabajo tradicional, sometido al dominio del capital, son las *consecuencias progresivas* de la subsunción realizada, en adelante, por el capital, de los procesos dados y tradicionales de trabajo.

El contenido del proceso real de trabajo y la técnica en vigor no cambian tampoco por el hecho de que aumenten la intensidad y la duración del trabajo, y de que el trabajo se ordene y se despliegue de manera más seguida, bajo el ojo interesado del capitalista. Por el contrario, aquéllos más bien se hallan en flagrante contraste con el modo de *producción específicamente capitalista* (trabajo a gran escala, etc.), el cual se desarrolla, a medida que aumenta la producción capitalista, *revolucionando* progresivamente la técnica del trabajo y el modo de existencia real del conjunto del proceso del trabajo, al mismo tiempo que las relaciones entre los diversos agente de la producción.

Es justamente en oposición al modo de producción capitalista plenamente desarrollado que llamamos *subsunción formal del trabajo al capital*, a la subordinación, al capital, de un modo de trabajo, tal como éste estaba desarrollado antes de que hubiera surgido la relación capitalista.

Las dos formas tienen en común que el capital es una relación coercitiva que tiende a extorcar plus-trabajo, ante todo, prolongando simplemente la duración del tiempo de trabajo, y que no fundamenta ya la coacción en una relación personal de dominación y de dependencia, sino únicamente en diferentes funciones económicas. De hecho, el modo de producción específicamente capitalista

conoce también otros modos de extorcar plusvalor, pero, sobre la base de un modo de producción preexistente, es decir, de un modo *dado* de la fuerza productiva del trabajo, y del modo de trabajo correspondiente al desarrollo de esa fuerza productiva, el plusvalor no puede ser extorcido *más que prolongando la duración del tiempo de trabajo*, bajo la forma del *plusvalor absoluto*. La *subsunción formal del trabajo* al capital no conoce, pues, más que esa única forma de producción de plusvalor¹³».

Regresando al concepto de hegemonía, es verdad, como escriben Laclau/Mouffe, que esa categoría hace alusión a una *totalidad ausente*, pero eso es insuficiente; el sintagma es incompleto si no se le añade lo esencial: *totalidad ausente* en el campo de las clases dominadas pero totalmente *presente* en el campo de las dominantes. Para nuestros autores en el antagonismo en ninguno de los lados puede darse una presencia plena. Pero el capital a partir de su dominio de la estructura social ¿a qué más plenitud puede optar?. ¿Qué mayor diferencia plena que la apropiación de la plusvalía?

Entonces la frase inmediatamente anterior, «el concepto de hegemonía no surgió para definir un nuevo tipo de relación en su identidad específica, sino para llenar un hiato que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica», es una proposición falsa. Lo que nuestros autores perciben como expansión de la *lógica de lo contingente* y retracción de la necesidad histórica está implícita en la formulación positivista del marxismo, la que nace dentro del horizonte ideológico cientifista burgués

¹³ No es el momento de desarrollar de una manera sistematizada mi conceptualización del marxismo o materialismo histórico, pero es necesario precisar que la distinción que opero entre marxismo positivista y revolucionario, no se debe confundir con otras categorizaciones valiosas y muy ponderadas como por ejemplo la de Alvin W. Gouldner una de mis referencias de los años setenta. La distinción del gran teórico estadounidense entre un marxismo crítico y un marxismo científico no se corresponde con la mía porque hay un elemento esencial que organiza la diferencia y que depende de la teoría que descubrí junto a Carlos Torregrosa que es la de la *desmitologización del proletariado*. No es tanto estar con o contra Hegel, porque el hegelianismo (para el marxismo) sólo se puede entender desde el proletariado en el poder, desde el estalinismo. La distinción surge desde la novedad de la perspectiva leninista sobre la fuerza y límites del proletariado (en las diferentes condiciones históricas). Tampoco se corresponde con el gesto epistemológico althusseriano, joven/maduro, etc. Entonces para empezar llamo *política de la diferencia en Lenin* a la práctica de la estrategia y la táctica bolchevique que lo alejan del 'espejismo de la ortodoxia', de la infraestructura ideológica positivista de la socialdemocracia y la II Internacional.

de la segunda mitad del siglo XIX y que se prolonga más claramente en el paradigma evolucionista de la II Internacional (el *espejismo de la ortodoxia* según nuestra denominación de origen).

El espontaneísmo de Rosa es el síntoma del choque entre las dos versiones del materialismo histórico que hemos aislado: la positivista y la revolucionaria, en la que domina la perspectiva revolucionaria, aunque lo haga de una manera insuficiente¹⁴. Otro síntoma es la censura de los textos del propio Engels por la dirección de la socialdemocracia alemana, por ejemplo, de su *Introducción a La lucha de clases en Francia de Carlos Marx*, censura de la que se quejó por lo menos en tres cartas: a Fisher el 8 de marzo de 1895 (importantísima carta sólo publicada en 1967 por Steinberg tras haber sido descubierta por Blumenberg), a Kautsky el 1 de abril y a Lafargue el 3 de abril¹⁵. El revisionismo no fue otra cosa que la eliminación del marxismo positivista de cualquier atisbo de marxismo revolucionario¹⁶.

Según nuestros dos autores, al ser concebida por el leninismo la hegemonía como *dirección política* en el seno de una *alianza de clases* aunque peque de autoritarismo al separar sectores dirigentes y dirigidos, es potencialmente más democrática que nada que se pueda encontrar en la tradición de la II Internacional, «ya que la coexistencia en una misma coyuntura histórica de tareas y reivindicaciones que de acuerdo al economicismo clasista hubieran debido corresponder a etapas diferentes, conduce a aceptar la validez política presente de una pluralidad de antagonismos y puntos de ruptura y evita la concentración exclusiva de la legitimidad revolucionaria en la clase obrera. Surge así un desajuste estructural entre ‘masas’ y ‘clases’, ya que la línea que separa a aquéllas de los sectores domi-

nantes no se yuxtapone con la explotación de clase. El desarrollo desigual y combinado es, por tanto, el terreno que permite al marxismo por primera vez, complejizar su concepción acerca de la naturaleza de las luchas sociales»¹⁷.

Pero si esto es así, ¿en donde reside el supuesto de que en el mismo momento en el que se amplía la dirección democrática de las luchas se afirme el carácter externo y manipulatorio en la relación vanguardia/masas?. Según Laclau/Mouffe en la atribución a la clase obrera de una «centralidad *ontológica*, sede a su vez de un privilegio *epistemológico*: en su calidad de clase ‘universal’ el proletariado —o más bien su partido— es el depositario de la ciencia»¹⁸. Porque bastaba, «al surgir la posibilidad de concebir la toma del poder como un acto de masas más amplio que la clase obrera, y que se mantuviera, sin embargo, en los términos clásicos, el principio de la centralidad política de ésta última, para que el giro autoritario fuera inevitable»¹⁹.

Laclau/Mouffe no pretenden negar la necesidad de la mediación política en la determinación socialista de la clase obrera ni tampoco oponer un obrerismo que se funde en una mítica determinación socialista espontánea de la clase. Lo que ponen de relieve es que la práctica autoritaria de la hegemonía sienta las bases para transformar en mecanismo fundamental la relación de representación y entonces «una vez que toda relación política es concebida como relación de representación, se crean las bases para un sustitutivismo infinito que procede de la clase al partido (representación de los intereses objetivos del proletariado) y del partido al Estado soviético (representación de los intereses del movimiento comunista a nivel mundial). Una concepción marcial de la lucha de clases se cierra así en una épica escatológica»²⁰.

El problema básico de esta argumentación es que dejan fuera ni más ni menos, **a)** un pequeño ‘detalle’, casi ínfimo: la ‘diminuta’ cuestión de la revolución de octubre. Y esto permite encabalar en

¹⁴ Cuando Rosa escribió en el verano de 1906 *Huelga de masas...* Parvus, Trotski y Lenin habían abierto vías decisivas para salir del cerrojo del marxismo positivista. Lo veremos más tarde.

¹⁵ Para todo ello cfr. Liana Longinotti/Federico Engels, *La revolución de la mayoría*, Ed. Avance, Barcelona, junio 1975. La correspondencia entre los dirigentes de la socialdemocracia nos ofrecen una idea adecuada de la revisión del marxismo, del estorbo de Engels... En España F. González realizó la revisión con su frase: ‘hay que ser socialistas antes que marxistas’.

¹⁶ Todavía en los años de la polémica Kautsky-Lenin-Kautsky-Trotsky, el revisionista Kautsky pedía a los bolcheviques que volvieran al «evolucionismo marxista». K. Kautsky, *Terrorismo y comunismo/L. Trotsky, Terrorismo y comunismo* (El Anti-Kautsky), Ed. Júcar, Barcelona, 1977, p. 141.

¹⁷ *Hegemonía y ...*, op. cit. p. 63.

¹⁸ Op. cit. p. 64. Esta cuestión creemos haberla resuelto en C. Enríquez del Arbol/C. Torregrosa. *El proletariado que existió*, Ed. Universidad de Granada, 2002, entre otros lugares.

¹⁹ Op. cit. p. 65.

²⁰ Op. cit. p. 68. Aquí podríamos derivar otra rama argumentativa que se basa en nuestro acuerdo con una frase decisiva del libro de Laclau/Mouffe cuando dicen en la p. 78: «Todo depende, pues, de cómo se conciba a la ideología». En efecto, y el problema es que nuestros autores no tienen ni idea de la teoría de la producción ideológica.

su desarrollo expositivo como si careciera de relevancia la cuestión de la representación de clase y la del Estado (constituido como por arte de magia) a nivel mundial; b) borra la distancia que separa leninismo de estalinismo; c) simplifica la enorme complejidad del pensamiento leninista en primer lugar en relación con la propia clase obrera. Esta simplificación afecta muchas facetas del materialismo histórico: empezando por la transición centralidad ontológica—privilegio epistemológico. Vamos a repetirlo brevemente: la única centralidad ontológica es la del *ser-explotación*²¹; es en relación a la explotación capitalista que la clase obrera desempeña un papel —llamémosle así— particular, especial. Que en Lenin este asunto se encuentra en el centro de su reflexión se puede constatar leyendo sus obras con cuidado (y no leyéndolas desde el estalinismo que es lo que todo un inconsciente ideológico nos ha transmitido)²².

Sin embargo, queremos centrarnos en la *extrañeza* de la revolución de octubre. En un capítulo del proceso que va de febrero a octubre. La riqueza de momentos del desarrollo revolucionario intentamos atraparlos en nuestros primeros seminarios de la ADEM, quedando una huella en el *Boletín núm. 0* del otoño de 1989²³.

Hemos dicho *extrañeza* porque frente a una concepción mecanicista y finalista (diríamos ‘carrillista’ si no fuera porque este término no dice ya nada) muy de ‘sentido común’ en la izquierda comunista, que cree en la inevitabilidad y la facilidad de la revolución de octubre, lo que hay que señalar es casi su prodigio, su resolución inesperada al observarla históricamente.

Como es imposible que pueda resumir en este fragmento los meses de seminario sobre la revolución de octubre, pero al mismo tiempo es la clave de mi argumentación en relación a Chantal/Mouffe, escojo como procedimiento añadir un anexo al final de este trabajo, elegido con todo cuidado que nos

²¹ Hace ya muchos años expusimos este problema epistemológico combatiendo el *ser-para-muerte* heideggeriano. Trotski escribió —y Castoriadis lo recordó oportunamente en uno de sus ensayos primeros— que «el proletariado en sí, no es más que materia de explotación».

²² Tal y como desarrollo en mi Seminario *Lenin y la dialéctica de la revolución* en la ADEM. Se puede ver algo de esto en el pequeño extracto del Seminario del año 2002 publicado en la *Revista Laberinto*, núm. 9, mayo 2002, *Lenin y la política de la diferencia*. Por otro lado pedimos disculpas a los autores por nuestra enumeración.

²³ Enríquez del Arbol, C., *Cuatro conceptos fundamentales del materialismo histórico*.

servirá de marca. Se trata de un escrito breve de Lenin dirigido al CC del partido bolchevique, un documento de tres páginas elegido entre las dos mil que podemos consultar en sus OC dedicadas al citado proceso de febrero a octubre. Invito al lector que consulte ahora el texto.

¿Qué es lo primero que debemos comentar? La importancia de la misiva a sus camaradas del CC de partido reside en que Lenin ha percibido una nueva vuelta de tuerca en el paralelogramo de fuerzas que impulsan la relación de clases en Rusia. Y el secreto de ese giro está en que si las clases populares tras las jornadas de julio comenzaron a repudiar la política de conciliación (entendiendo ésta como la tentativa por parte de esas clases populares, es decir, trabajadores, campesinos y soldados, de satisfacer sus necesidades a través de concesiones y reformas por parte del capital, sin revolución socialista), a fines de agosto, frente a la korniloviada, durante unos días, se había dado en la práctica una alianza inédita hasta entonces de bolcheviques, eseristas y mencheviques contra los kadetes, la burguesía imperialista y los terratenientes que concluyó con una victoria fácil, desmoronando, evaporando la amenaza de guerra civil. Tengamos en cuenta que la sublevación de Kornílov abrió los ojos a la inmensa mayoría de la tropa haciéndole ver que su camino no coincidía con el de sus mandos. Ahora bien, los dirigentes mencheviques y eseristas van a continuar con sus vacilaciones. ¿Cuáles son esas? No entregar el poder a los soviets, no derrocar a Kérensky, no ofrecer la paz, no confiscar las tierras de los terratenientes.

Por consiguiente, en segundo lugar, se trata de seguir combatiendo a Kerensky, pero, y esto es lo esencial, cambiando la forma, poniendo de relieve ante las clases populares (que han luchado contra Kornílov) la debilidad y las vacilaciones de Kérensky. Los bolcheviques lo han hecho antes, pero ahora la diferencia radica en que es ese el objetivo primordial. Y hay que hacerlo no directamente contra Kérensky sino indirectamente. Ahí están las directivas de Lenin: intensificar, armar, llamar, legalizar, implantar, etc., arrestar a Miliukov y Rodziánko, y disolver la Duma.

En tercer lugar, recordar al partido que no se ha producido ningún alejamiento de la conquista del poder por el proletariado. Todo lo contrario. Aunque no se precise ni el tiempo ni la táctica los momentos decisivos se aproximan y hay que preparar

ya a todos los militantes para la acción. De nuevo constatamos que la intervención —como veremos más abajo— del 4 de junio no fue ninguna bravata.

La revolución de febrero de 1917 barrió a la monarquía zarista dando el poder a la burguesía liberal que colaborando con el imperialismo anglofrancés deseaba reducirla a una pequeña revuelta palaciega. En principio no estaba dispuesta a ir más allá de una monarquía constitucional con un sistema electoral restrictivo. Cuando la revolución suprimió la monarquía e impulsó los soviets esta burguesía se volvió hacia la contrarrevolución. Derrocado el régimen zarista, el poder estatal pasó a manos del primer gobierno provisional, compuesto por representantes de la burguesía a los que se unieron los terratenientes. El partido *kadete* (de constitucional democrático), principal partido capitalista, se adueñó del poder gracias a la fuerza de la riqueza, la organización y los conocimientos, pese a que quienes se habían enfrentado a las tropas zaristas habían sido los marinos y soldados, los obreros y campesinos. No tuvo empacho en hacerse republicano aunque siempre había sido monárquico. En el poder, los kadetes concentraron sus esfuerzos en la prosecución de la rapaz guerra sellada por los tratados secretos con ingleses y franceses.

Todavía en los días de abril que ve llegar a Lenin a Petrogrado, la posición de los diversos partidos socialistas no se había definido con claridad. Pero pronto se pudieron observar las vacilaciones de mencheviques y socialrevolucionarios (eseristas) en cuestiones tan importantes como el problema de la tierra, la relación con los órganos de administración local y la guerra. Los propios dirigentes bolcheviques tardaron en comprender y asumir la lógica y el alcance de las posiciones leninistas iniciadas con las *Cartas desde lejos* culminando en las *Tesis de Abril*. Ningún apoyo al gobierno provisional.

Hasta la crisis de julio —de febrero a julio— la característica de la situación política se definía por el ‘doble poder’, que expresaba material y formalmente, el modo indefinido y transitorio del poder estatal. Si el problema del poder es el problema fundamental de toda revolución, en esa etapa el poder era inestable. Lo compartían el gobierno provisional y los soviets. Los soviets eran delegaciones de la masa de obreros y soldados libres, es decir, no supeditados a la coerción exterior y armados. El estar las armas en manos del pueblo y no existir coerción ex-

terior definían la esencia de la situación. Esta especificidad era la que en esos meses hizo que Lenin pensase en la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución.

Sin embargo, las fuerzas políticas mayoritaria en los soviets, eseristas y mencheviques no comprendieron nunca la constitución del escenario político y sus virtualidades. No comprendieron que ‘*Todo el poder a los soviets*’ no sólo significaba la consigna de marcha pacífica de la revolución, porque ninguna clase, ninguna fuerza política hubiera podido entonces resistirse a impedir el paso del poder a los soviets, sino que ese desarrollo pacífico hubiera podido realizarse siempre que los partidos dentro de los soviets hubiesen asumido a tiempo todo el poder estatal.

Por su composición de clase, los soviets eran los órganos del movimiento obrero y campesino; dicho de otra manera: la forma ya plasmada de su dictadura. Si hubieran asumido todo el poder estatal, el defecto principal de las capas pequeñoburguesas —su confianza en los capitalistas— siendo sometido a la crítica de la experiencia de sus propias medidas, podría haberse eliminado. La sustitución de las clases y los partidos que ocupan el poder habría podido operarse pacíficamente dentro de los soviets, siempre que estos dispusieran de un total y pleno poder. El vínculo entre todos los partidos representados en los soviets y las capas populares se habría mantenido sólido e íntegro. Ese vínculo hubiera contribuido a eliminar las ilusiones en la política pequeñoburguesa de pactos con la burguesía. El paso del poder a los soviets no habría cambiado ni la correlación de clases ni el carácter pequeñoburgués del campesinado pero hubiese sido un gran paso para apartar a los campesinos de la burguesía y acercarlos al proletariado. Los eseristas prometieron al campesinado la abolición de la propiedad privada de la tierra, la entrega de la tierra a los trabajadores y la confiscación de las tierras de los terratenientes sin indemnización. Pero la realización de esas gigantescas reformas era absolutamente imposible sin las medidas revolucionarias más decididas contra la burguesía, que sólo podrían ser adoptadas, cuando el campesinado pobre se uniese al proletariado, cuando los bancos y los consorcios fuesen nacionalizados. La confianza de los campesinos, que durante algún tiempo creyeron que podrían conseguir esas tres cosas hermosas pactando con la burguesía se verá defraudada por sus repre-

sentantes políticos mayoritarios.

Es sobre esta base de análisis cómo se deben interpretar los tres espasmos revolucionarios que significaron los acontecimientos de 20 y 21 de abril, 18 de junio, y, 3 y 4 de julio. Esas tres crisis sobrevienen en el marco de una política objetiva de los partidos mayoritarios en los soviets —eseristas y mencheviques— cuya esencia es la conciliación con la burguesía contrarrevolucionaria, o lo que es lo mismo, con la aspiración de estos demócratas pequeñoburgueses a compartir el poder con la burguesía y no a derrocarla, del mismo modo que los kadetes querían compartir el poder con el zarismo y no derrocarlo. Cambió la forma de la conciliación. Bajo el zarismo era burda: el zar sólo dejaba al kadete entrar en la trastienda de la Duma del Estado. Después de febrero, en una república democrática la conciliación se volvió tan refinada como lo era en la Europa capitalista democrática: a los pequeñoburgueses se les permite ocupar en los ministerios puestos inofensivos para el capital.

Lo peculiar de estas tres crisis es su forma de manifestarse. La del 20 y 21 de abril fue espontánea y turbulenta, sin la menor organización y acompañada de los disparos de las centurias negras contra los manifestantes y una campaña de calumnias contra los bolcheviques. Pero no había duda de que el movimiento se dirigía contra el gobierno, tanto, como para que un regimiento se presentase con sus armas ante el palacio Máinski dispuesto a arrestar a los ministros. Los soviets habrían debido tomar el poder pues no habría habido resistencia alguna; en lugar de eso, eseristas y mencheviques se enredaron con el gobierno capitalista en la política de conciliación. La revolución instruye a todas las clases con una rapidez y una profundidad desconocidas en épocas ‘normales’, pacíficas. Los capitalistas, mejor organizados, más expertos que nadie en materia de luchas de clases y de política, aprendieron su lección más velozmente que los demás²⁴. Cuando vieron que la posición del gobierno era desesperada, recurrieron a un método que durante décadas había sido practicado por sus hermanos europeos para engañar, dividir y debilitar a las clases trabajadoras. Es el método del llamado «gobierno de coalición». En los países en

²⁴ Los capitalistas pusieron a estudiar a sus escuadrones de historiadores, filósofos y sociólogos la revolución de octubre para evitar repetición de errores. Y así con todas las revoluciones. Afortunadamente no pueden calcularlo todo. El último proceso en el que se durmieron es en la esperanza de la pequeña Venecia.

que la libertad y la democracia coexisten desde hace tiempo con un movimiento obrero revolucionario, caso de Inglaterra o Francia, los capitalistas habían recurrido a este método repetidas veces y con gran éxito. Los capitalistas demócratas y republicanos rusos de reciente factura lo adoptaron con éxito igualmente. El 6 de mayo se constituyó el ministerio de coalición. Allí donde ningún ministro burgués podía presentarse ante los obreros revolucionarios o ante los soviets defendiendo al gobierno, aparecían los mencheviques Tsereteli, Dan o Chjeídze o los eseristas como Chernov, cumpliendo la función operativa de la coalición: desvivirse por defender el ministerio, embellecer el capitalismo, repetir promesa tras promesa y aconsejar, esperar, esperar.

La del 18 de junio, manifestación organizada por el Soviet tras haberle prohibido a los bolcheviques una demostración anterior que supuso la desagradable sorpresa para los partidos hasta entonces mayoritarios de ver, que las consignas que dominaban entre los más de medio millón de participantes, eran ... las bolcheviques. Esa misma noche del domingo 18 de junio se inició la ofensiva en el frente lo que seguramente contuvo el desencadenamiento de una crisis política. Si el 6 de mayo amarró a los eseristas y mencheviques al carro de la burguesía con una soga, la ofensiva del 18 de junio la transformó en una cadena.

Finalmente el 3 y 4 de julio se produjo un fuerte estallido en las calles pese a los esfuerzos del partido bolchevique para contenerlo, seguido en los días posteriores por una furiosa explosión de la contrarrevolución. Repasemos sucintamente los acontecimientos de junio y julio.

El 3 de junio de 1917, se había inaugurado en Petrogrado, en el palacio Táuride²⁵, el I Congreso de los Soviets de toda Rusia. Lenin habló al día siguiente, y durante su intervención, pertrechado con las resoluciones de la VII Conferencia del POSDR (b), dejó claras las intenciones bolcheviques: «El (se refiere al ministro de Correos y Telégrafos que lo había precedido en la tribuna) decía que no hay en Rusia ningún partido político que esté dispuesto a asumir todo el poder. Yo contesto: ‘¡Sí lo hay! Ningún partido puede renunciar a eso, y el nuestro ciertamente no renuncia. Está dispuesto en cualquier instante a asumir todo el poder»²⁶. La frase provo-

²⁵ Edificio del XVIII, regalo de Catalina II la Grande al virey Potemkin.

²⁶ Lenin, OC, Tomo XXVI, Ed. Akal, Madrid, 1976, p. 86.

có en la audiencia aplausos y risas. Pero la situación de Rusia en medio de una guerra mundial no era para reírse.

Días más tarde, con el descontento popular en ascenso, el partido bolchevique, decidió organizar una manifestación convocando al proletariado frente a la contrarrevolución y el gobierno provisional, manifestación en la que participarían algunas unidades militares. Alarmados, eseristas y mencheviques consiguieron que el Soviet prohibiera la demostración con el argumento de que se podrían producir enconadas luchas en las calles de la ciudad y dándole oportunidades a la «contrarrevolución agazapada». Los bolcheviques retiraron la convocatoria. La *Pravda* aparecería a la mañana siguiente con espacios en blanco en su portada. Luego vino la sorpresa de la manifestación del 18 de junio ya citada y el mismo día, tras el decreto sobre la ofensiva promulgado por el ministro de Guerra Kérensky²⁷ el 16 de junio, la ofensiva en el frente suroccidental. Ya el 12 de junio el gobierno provisional había implantado la pena de muerte en el frente.

Hay que recordar que ese año de 1917, por ejemplo, los diplomáticos del gobierno provisional bendijeron, la ocupación de Albania por parte de Italia y su conversión en un protectorado italiano, el golpe de estado en Grecia alentado por Inglaterra y Francia, obligando los aliados a abdicar al rey Constantino, mediante el bloqueo, el hambre y la ocupación por tropas anglofrancesas de varias regiones griegas, colocando en el poder a Venizelos que les era adicto y arrastrando a Grecia a una guerra a la que era contraria la mayoría de la población, y, la ocupación de Irán (Persia) por tropas inglesas y rusas.

También en junio durante el congreso del partido eserista aparecieron profundas divergencias sobre diversos asuntos, sobre todo en relación a la actitud ante la guerra, afirmándose las posiciones del ala izquierda.

El destino de la ofensiva, tras algunos éxitos iniciales, fue un fracaso, que era al mismo tiempo el de la política del gobierno provisional y el del bloque eserista-menchevique que lo apoyaba. El 2 de julio los ministros kadetes Shingariov, Manuílov y Shajovskoi renunciaron a sus cargos en el gobierno de coalición para

²⁷ Kérenski era un trudovique (o Grupo del Trabajo) que fue uno de los partidos que se formaron durante la primera revolución rusa de 1905, de tendencia populista, se constituyó en abril de 1906 con diputados de la I Duma del Estado y sólo en marzo de 1917 ingresó en el partido eserista.

provocar una crisis en el gobierno y aplicar las deseadas medidas del partido kadete de desarmar a la Guardia Roja, evacuar a las tropas revolucionarias de Petrogrado y procribir al partido bolchevique. La indignación popular por la ofensiva y sus resultados provocó la violenta salida a la calle de obreros, marinos y soldados. Las manifestaciones amenazaban con transformarse en una acción armada contra el gobierno provisional.

La pregunta esencial era ¿había madurado la situación revolucionaria en el país (y no sólo ya en Petrogrado)? En esos días cruciales coincidieron la II Conferencia bolchevique de Petrogrado y la reunión del CC del partido. Se intentó impedir la manifestación y ante la imposibilidad de hacerlo se resolvió ponerse al frente e intentar darle un carácter pacífico. La manifestación se convirtió en una marea de consignas bolcheviques exigiendo que el Comité Ejecutivo Central de los Soviets tomara el poder. Los marinos de Kronstadt (unos 20.000) encabezados por los bolcheviques se dirigieron, fusil al hombro, a la sede del partido en el palacio Khesinski²⁸ donde Lenin, en tono moderado, censuró al gobierno provisional y les exhortó sobre la necesidad de defender la revolución. Luego, con Lunacharsky al frente, marcharon hacia el palacio Táuride mientras se les unían otros destacamentos y grupos de trabajadores. Exigieron ver a los ministros socialistas del gobierno provisional. El eserista Chernov fue el primero en aparecer y los marinos lo detuvieron como rehén. Es sabido que fue la decisión y la oratoria de Trotski la que le salvó el pellejo. Pero después de la dispersión de los marinos aún quedaban dos oleadas por llegar, la segunda con el regimiento de reserva número 176 al frente y la tercera con miles de trabajadores de las fábricas Putilov. Es evidente que los bocheviques en julio podrían haber tomado el poder en Petrogrado, pero evaluaron que todavía no estaban dadas todas las condiciones necesarias.

La respuesta del gobierno provisional fue, pasado el peligro, clausurar los periódicos bolcheviques, destruir la imprenta, desarmar a los trabajadores, allanamientos, arrestos, asesinatos y enviar las tropas revolucionarias de los cuarteles al frente de guerra. Se ordenó la detención de Lenin y otros líderes bolcheviques, acusados de instigación a la rebelión armada con ayuda financiera alemana.

El período del doble poder se había clausurado. El soviets quedaba subordinado e impotente bajo

²⁸ Villa de la Khesinskaya, bailarina de ballet favorita del zar, al lado de la fortaleza Pedro y Pablo.

el mando del gobierno provisional.

Para Lenin el ciclo de desarrollo de los partidos se había completado tras las jornadas de julio. Eseristas y mencheviques habían ido resbalando desde la confianza en Kerensky en febrero hasta quedar atados por la ofensiva y la colaboración con la burguesía. Su llamamiento en julio a las tropas contrarrevolucionarias señalaban a dónde habían ido a parar. Kerensky, Tsereteli y Chernov habían quedado subordinados a la política kadete. El hecho principal y decisivo de los días de julio era el giro hacia la contrarrevolución de los eseristas y mencheviques. Por tanto nada de ilusiones constitucionalistas. Era necesario retirar provisionalmente la consigna 'Todo el poder a los soviets'.

Si volvemos a comparar los días de abril con los de julio, observamos como el 20 de abril estalla la indignación del pueblo contra el gobierno. Un regimiento armado sale a las calles de Petrogrado con la intención de arrestar al gobierno, arresto que no se produce. Pero el gobierno ve claramente que no tiene en quien apoyarse. No hay tropas que estén con él. Derrocar a semejante gobierno era fácil y el gobierno presenta un ultimatum al Soviet: o me respaldan o me voy. En julio se produce una similar explosión de indignación de las clases populares, explosión que todos los partidos tratan de contener, pero que se produjo a pesar de todos los esfuerzos por contenerla. Se organiza otra manifestación armada contra el gobierno. Pero la enorme diferencia es que los dirigentes eseristas y mencheviques, que están aislados del pueblo y confusos, acuerdan con la burguesía llamar a Petrogrado las tropas de Kaledin. Los periódicos burgueses publicaron las palabras de Kaledin recordando la llamada de los ministros 'socialistas', pero los mencheviques *Rabóchaia Gazeta* y el eserista *Dielo Naroda*, ocultaron a los lectores esa declaración política. Es decir, por primera vez el gobierno recurría a las tropas de la contrarrevolución mientras desarmaba a las tropas y a los trabajadores decidida y verdaderamente revolucionarios.

Habría sido un error si el 3 y 4 de julio los bolcheviques se hubiesen propuesto como objetivo la toma del poder pues la mayoría, no sólo del pueblo, sino también de los trabajadores, no había experimentado en la práctica la política contrarrevolucionaria de los generales en el ejército, de los terratenientes en el campo y de los capitalistas en la ciudad. Luego el error del partido es-

tuvo en otra parte. Estuvo en considerar la situación general del país menos revolucionaria de lo que en realidad resultó ser, en considerar que todavía era posible un desarrollo pacífico de las transformaciones políticas por medio de un cambio en la política de los soviets, cuando en la práctica los mencheviques y eseristas se habían enredado y atado tanto en su conciliación con la burguesía y cuando ésta se había vuelto a tal punto contrarrevolucionaria, que ya no era posible el desarrollo pacífico. Esa era la valoración del jefe bolchevique.

Es notable que Lenin en esos momentos de reflujo posteriores a julio, avanzara la posible deriva hacia el bonapartismo, ya que de hecho se configuraba el síntoma fundamental de éste: un poder estatal apoyado en una camarilla militar que maniobra entre dos clases, dos fuerzas hostiles, más o menos equilibradas entre sí. La agudización de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado visible de abril a julio, con la posibilidad de un conflicto civil es la condición económico-social clásica para el bonapartismo, que se une a otras como la revuelta furiosa de la burguesía, por un lado, contra los soviets, aunque impotente aún para disolverlos y por otro, la impotencia de los soviets propiciada por la política de los Chernov y Tsereteli para ofrecer seria resistencia a la burguesía. Ahora bien, un bonapartismo ruso de 1917 se diferenciaría del francés de 1799 y 1849 en que ni una sola de las tareas de la revolución ha sido cumplida, empezando por la solución del problema agrario.

Ya en el mes de junio Lenin avisaba de la posibilidad de un Cavaignac ruso (Cavaignac fue una especie de kadete francés). Cuando los republicanos burgueses franceses llegaron al poder tras el derrocamiento de la monarquía en 1848, deseaban el mismo «orden» que los kadetes rusos: policía, ejército regular, burocracia privilegiada, etc. y meter en cintura al proletariado. La pequeña burguesía, soñadora y ampulosamente socialista en sus aspiraciones, temió depositar su confianza en el proletariado revolucionario y, en su impotencia y vacilaciones, abrió paso al 'kadete', el general Cavaignac, que desarmó a los obreros de París para fusilarlos en masa. En las condiciones de junio del 17 era un hecho que eseristas y mencheviques desempeñaban el papel dirigente. Y, sin embargo, ¡les estaban cediendo el sitio al partido de los Cavaignac!

Las semanas posteriores a las jornadas de julio fueron muy difíciles para los bolcheviques. Trotski

en su *Historia de la Revolución Rusa* las llamaría «el mes de la gran calumnia», mientras, el Cavaignac de turno se acercaba.

Se llamaba Kornílov, jefe supremo del ejército nombrado por Kérensky, que comenzó la rebelión el 25 de agosto con unos objetivos muy definidos: apoderarse de Petrogrado, aniquilar al partido bolchevique, disolver los soviets, implantar una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. Kornílov hizo avanzar sobre Petrogrado el tercer cuerpo de caballería mientras en la ciudad las organizaciones contrarrevolucionarias estaban dispuestas para la acción. Los bolcheviques dirigieron eficazmente la lucha para contener a los rebeldes y el propio Kerensky al temer ser barrido por y junto a Kornílov se apartó de éste, declarándolo sedicioso contra el gobierno provisional. En Petrogrado, marinos, soldados y trabajadores estaban de nuevo en armas bajo las directrices del partido bolchevique. La rebelión de Kornílov puso en evidencia algo muy importante: que el ejército, todo el ejército odia al Estado Mayor.

Es el momento de recomendar al lector volver a leer el *Anexo* que abre la perspectiva de Octubre.

Hay un apartado que conviene tener en cuenta para completar el cuadro de la reflexión leninista a finales de agosto y comienzos de septiembre porque es solidario con la política de la diferencia que determina el texto de la carta al CC. Se trata de la actitud en relación al campesinado y al partido eserista.

Como hemos insistido en distintas ocasiones, la cuestión agraria constituyó para Lenin una preocupación constante durante toda su trayectoria política y teórica. Desde sus polémicas con el populismo hasta sus ingentes estudios para definir la penetración del capitalismo en la agricultura o poder elaborar un programa agrario coherente para el POSDR, pasando por la continua preocupación por las transformaciones agrarias en occidente. Lenin sabía perfectamente que sin el apoyo campesino no habría nunca revolución en Rusia.

Tras la korniloviada, y tras las jornadas de julio, la previsión leninista acercaba la fase decisiva de lucha por el poder a un tiempo cercano, si no las clases explotadas terminarían por incluir a los bolcheviques entre los políticos pusilánimes. Si en el texto del *Anexo* queda clara la táctica con respecto a Kérensky, (*‘usar a Kérensky para aca-*

bar con Kornílov’) quedaba por definir con precisión la actitud ante el partido eserista y su programa agrario. Si el campesinado comprendía que el paso del poder político al proletariado satisfaría sus demandas y aspiraciones inmediatas y concluía una alianza con él, la victoria de la insurrección no podría ser evitada.

ANEXO

AL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR ²⁹

Es posible que estas líneas lleguen con retraso, pues los acontecimientos se desarrollan a veces con una velocidad verdaderamente vertiginosa. Escribo esto el miércoles, 30 de agosto; los destinatarios lo leerán no antes del viernes, 2 de septiembre, pero con todo y con eso, arriesgando, creo mi deber escribir lo siguiente:

La sublevación de Kornílov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco.

Como todo viraje brusco, exige una revisión y un cambio de táctica. Y como con toda revisión, con ésta hay que ser extraordinariamente prudente para no caer en una falta de principios.

A mi juicio, incurren en una falta de principios quienes (como Volodarski) descienden hasta las posiciones del defensismo o (a modo de otros bolcheviques) hasta *el bloque* con los escristas, hasta *el apoyo* al Gobierno Provisional. Esto es archiequivocado, es una falta de principios. Nos haremos defensistas *sólo después* de que el poder pase al proletariado, *después* de proponer la *paz*, *después* de romper con los tratados secretos y los vínculos con los bancos, *sólo después*. Ni la caída de Riga ni la caída de Petrogrado nos harán defensistas. (Rogaría que se dé a leer esto a Volodarski). Hasta entonces estaremos por la revolución proletaria, contra la guerra y no seremos defensistas.

Nosotros no debemos apoyar al Gobierno de Kerenski *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿es posible que no haya que luchar contra Kornílov?. ¡Por cierto que sí!. Pero no es lo mismo; hay un límite; y ese límite lo transponen algunos bolcheviques cayendo en una «posición conciliadora», dejándose *arrastrar* por la corriente de los acontecimientos.

Vamos a combatir y combatimos a Kornílov, *como lo hacen las tropas de Kerenski*, pero nosotros no apoyamos a Kerenski, **sino que** desenmascaramos su debilidad, ésa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornílov?

²⁹ Cito ahora por Lenin, *Obras Completas*, Tomo 34, Editorial Progreso, Moscú, 1985, pp. 123-125.

En que cambiamos la forma de nuestra lucha contra Kerenski. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerenski, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerenski en seguida; ahora encararemos *de otra manera* la tarea de luchar contra él, a saber: explicando al pueblo (que lucha contra Kornílov) *la debilidad y las Vacilaciones* de Kerenski. También antes se hacía esto. Pero ahora pasa a ser *lo fundamental*; en esto consiste el cambio.

Luego, el cambio consiste en que ponemos en un *primer plano* el intensificar la agitación en favor de lo que podríamos llamar «exigencias parciales» a Kerenski: que arreste a Miliukov, que arme a los obreros de Petrogrado, que llame a las tropas de Cronstadt, de Viborg y de Helsingfors a Petrogrado, que disuelva la Duma de Estado, que arreste a Rodzianko, que legalice la entrega de las tierras de los terratenientes a los campesinos, que implante el control obrero sobre el trigo y las fábricas, etc., etc. Y estas exigencias no las debemos presentar sólo a Kerenski, *no tanto* a Kerenski, como a los obreros, soldados y campesinos, arrastrados por la marcha de la lucha contra Kornílov. Seguir *arrastrándolos*, alentarlos a que liquiden a los generales y oficiales que se han pronunciado a favor de Kornílov, insistir en que *ellos* exijan de inmediato la entrega de la tierra a los campesinos, sugerirles a *ellos* la idea sobre la necesidad de arrestar a Rodzianko y a Miliukov, de disolver la Duma de Estado, clausurar *Rech* y otros periódicos burgueses e iniciar una investigación judicial. A los eseristas de «izquierda» es a quienes más hay que empujar en esta dirección.

Sería incorrecto pensar que nos *hemos alejado* del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado extraordinariamente a él, pero *no en forma* directa, sino de costado. Y hay que hacer agitación *en este mismo instante*, no tanto directamente contra Kerenski, como *indirectamente*, pero también contra él, esto es: exigiendo una guerra activa, muy activa, auténticamente revolucionaria contra Kornílov. Sólo el desarrollo de esta guerra puede conducirnos *a nosotros al* poder, pero en la propaganda hay que *hablar poco* de eso (recordando firmemente que mañana mismo los acontecimientos nos pueden colocar en el poder y entonces nosotros no lo dejaremos escapar). Me parece que debería comunicarse esto en una carta a los agitadores (no en la prensa), a las comisiones de agitación y propaganda y, en general, a los miembros del Partido. Hay que luchar despiadadamente contra las frases acerca de la defensa del país, del frente único de la democracia revolucionaria, del apoyo al Gobierno Provisional, etc., etc., demostrando precisamente que no son sino frases. Ahora, hay que decirles, es el momento de *obrar*: ustedes, señores eseristas y mencheviques, hace tiempo que han

gastado estas frases. Ahora es el momento de *obrar*. La guerra contra Kornílov hay que hacerla de manera revolucionaria, atrayendo a las masas, levantándolas, inflamándolas (y Kerenski *teme* a las masas, *teme* al pueblo). En la guerra contra los alemanes, ahora precisamente es necesario *obrar: de inmediato y de una manera absoluta* hay que proponer *la paz* sobre la base de *condiciones precisas*. De hacer esto *se podrá* lograr, ya sea una pronta paz, ya sea transformar la guerra en revolucionaria; de otro modo, todos los mencheviques y eseristas seguirán siendo lacayos del imperialismo.

P. S. Habiendo leído, *después* de escribir esto, seis números de *Rabochi*, debo decir que coincidimos plenamente. Saludo de todo corazón los magníficos editoriales, el resumen de la prensa y los artículos firmados por V. M-n y Vol-i. Sobre el discurso de Volodarski leí su carta a la Redacción; esa carta también «anula» mis reproches. Nuevamente, ¡mis mejores votos y saludos!

Escrito el 30 de agosto (12 de septiembre) de 1917

Publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1920 en el periódico «Pravda», núm. 250. Se publica según el manuscrito.